

deseé entrar en la cabaña de mi padre, que hallé en el estado á que la habian reducido la soledad y los años: en su centro descollaba un magnolia, cuyas ramas se extendian sobre el techo; las hendidas paredes estaban cubiertas de musgo, y una yedra abrazaba el contorno de la puerta con sus negras y cabelludas manos.

»Senteme al pié del magnolia, y me abismé en el confuso tropel de mis recuerdos. «Tal vez, me decia, ven mi religion del desierto, mi madre ha vuelto á su cabaña, bajo la forma de este hermoso árbol.» «Y acariciaba el tronco de aquel suplicante que se habia refugiado al hogar de mis ascendientes, haciéndose su genio doméstico durante la ingrata ausencia de los amigos de mi familia. Erame grato encontrar por sucesor bajo mi hereditario techo, no al hijo indiferente de los hombres, sino á una generacion pacífica de árboles y de flores; la igualdad de destinos que parecia existir entre mí y el magnolia, único objeto que habia quedado en pié entre aquellas ruinas, me enternecia profundamente. ¡Ah! ¿No

entregara yo á la hija de Lopez una flor de magnolia que la acompañó al sepulcro?

»Embelesado en estos pensamientos, delicia íntima del alma, proponíame reconstruir mi cabaña y consagrar el magnolia á la dulce memoria de Atala, cuando oí cierto rumor. Un sachem, tan viejo como la tierra, se presentó bajo las yedras de la puerta; una espesa barba le cubria parte del rostro, y su pecho estaba erizado de un vello largo, parecido á las yerbas que crecen en el álveo de los rios; apoyábase en una caña; oprimia su cintura un áspero ceñidor de juncos; una corona de flores de laguna ornaba su frente, de sus hombros pendia un amplio manto de piel de nutria y de castor, y parecia salir del rio, pues sus vestiduras, barba y cabellos destilaban agua.

»Nunca he sabido si aquel anciano era realmente algun antiguo sachem, algun sacerdote conocedor del porvenir y habitante de una isla del Meschacébé, ó si era el antiguo padre de los rios, el mismo Meschacébé. «¡Chactas! me dijo, con un acento que



BATALLA ENTRE LOS NATCHEZ Y FRANCÉSES.

»se asemejaba al rumor de una cascada, cesa de pensar en la reconstrucción de tu cabaña. ¿Disputarías su posesion á un genio, oh el mas imprudente de los hombres? ¿Crees haber llegado al término de tus trabajos, y que nada ya debes hacer sino sentarte en la estera de tus padres? Brillará un dia en que el sangre de los Natchez...»

«El misterioso sachem enmudeció, y agitando la caña que en la mano tenia, me dirigió una mirada profética, mientras bajando y volviendo á alzar la cabeza, golpeaba su pecho con la cenagosa barba. Arrojéme á los piés del anciano; mas él, lanzándose al rio, desapareció entre sus revueltas aguas.

»No me atreví á quebrantar el mandato de aquel hombre ó de aquel genio, y construí mi nueva morada en la colina donde hoy la ves. Habiendo vuelto Adario del país de los iroqueses, trabajé con él y con el anciano Sol en la mejora de las leyes de mi patria.

En premio del escaso bien que he practicado, se me profesa mucho amor.

»Avanzo á pasos agigantados hácia la mitad de mi carrera, y pido al cielo conjure las tempestades con que ha amenazado á los natchez, ó me reciba en sacrificio. Al efecto, procuro santificar mis dias para que la pureza de la víctima sea grata á los Genios; esta es mi única precaucion contra el porvenir. No he interrogado á los adivinos, pues debemos llenar los deberes que la virtud nos enseña, sin escudriñar con temeraria curiosidad los arcanos de la Providencia. Hay una especie de sabiduría impaciente y de prudencia culpable que el cielo castiga siempre. Tal es, hijo mio, la demasiado larga historia del viejo Chactas.»

LIBRO NOVENO.

LA narracion de Chactas habia conducido á los Natchez hasta los valles frecuentados por los castores, en el país de los Illineses. Aquellos pacíficos y maravillosos animales fueron atacados y destruidos en todas direcciones. Despues de numerosos holocaustos en obsequio de Michabou, genio de las aguas, los indios empezaron á desollar simultáneamente sus víctimas, en el dia preñado por el sacerdote. Apenas el hierro habia entreabierto las flexibles pieles, oyose este grito: «¡Una hembra de castor!» Los mas

vigorosos guerreros dejaron caer al suelo su presa, y el mismo Chactas se mostró turbado.

Existen entre los salvajes tres causas de guerra: la invasion de las tierras, el rapto de una familia y la destruccion de las hembras del castor. Ignorando el derecho público de los indios y careciendo de la experiencia de los cazadores, René habia dado muerte á algunas hembras de castor. Deliberóse tumultuariamente sobre el caso: Onduré queria que el culpable fuese abandonado á los Illineses para evitar una guerra sangrienta; el hermano de Amelia fue el primero que se presentó en espiacion. «¡Ya lo ves! dijo á Chactas, arrastro por donde quiera mis infortu-



CELUTA.

»nios; ¡librate de un hombre que pesa sobre la tierra!» Outougamiz sustuvo que el guerrero blanco, cuyo manitú de oro llevaba en prenda de la jurada amistad, solo habia delinquido por ignorancia: «Los que tanto temen á los illineses, exclamó, pueden ir á mendigar de ellos la paz; de mí diré que conozco un medio mas seguro de obtener la victoria. El

»hombre blanco es mi amigo, y todo el que sea su enemigo, lo es mio.» Al pronunciar estas palabras, el joven salvaje fulminó á Onduré una mirada terrible.

Outougamiz era célebre entre los Natchez por su candor y por su arrojo; habianle denominado Outougamiz el Simple. Nunca tomaba la palabra en un